

EL IMPACTO

Esta doctrina y esta ideología triunfante en la URSS, al igual que muchas otras que hemos analizado anteriormente, no tardan en llegar a nuestro país y tomar forma institucional propia. Sus primeros adeptos pudieron contarse entre los miembros de la izquierda del partido socialista quienes, descontentos con la conducción de Justo, especialmente su marcada adhesión a los aliados en la Primera Guerra Mundial, querían independizarse del Partido en que habían iniciado su acción política.

La principal fuente de inspiración metodológica para la lucha fueron las 21 condiciones que Lenin esbozara en el II Congreso de la Internacional Comunista, ocasión en que rompió con todas las demás formas de socialismo. El primer paso que se dio en tal sentido fue, fundamentalmente, la creación, entre los días 5 y 6 de enero de 1918 del Partido Socialista Internacional y que sería la principal base orgánica del futuro partido Comunista Argentino.

Como en casi todas las naciones del continente, los primeros comunistas debieron apoyarse en una multiplicidad de fuerzas y en una diversidad casi incompatible de tendencias. Se hallaban comprendidos en esta agrupación los partidarios de iniciar un duro combate contra los socialistas que quedaban bajo la conducción de Justo; los maximalistas que, cercanos a una posición más bien anarco-comunista querían una revolución violenta, en ese mismo instante, sin dilaciones y; por último, los mayoritarios que buscaban una solución más ligada al internacionalismo soviético que sería, en última instancia, la línea vencedora.

Sin embargo, el camino no sería del todo fácil. Había que pensar en las masas trabajadoras que, de alguna manera, debían ser seducidas y conquistadas para la causa "bolchevique".

En 1921, muchos de los miembros de esta nueva agrupación decidieron volver al partido originario, el socialismo de Juan B. Justo pero con ideas de captarlo para la Tercera Internacional. La tradición partidaria de los socialistas —que mucho habían bichado para construir su organización partidocrática— no quedaría inerte ante tal pretensión. Por ello, en el primer Congreso en que se logró contar con todas las tendencias, el organismo más representativo del Partido Socialista rechazó tal propuesta en virtud de que la institución partidaria sigue firme junto a la II Internacional.

Esta situación de lucha intestina obligó a los derrotados a apartarse definitivamente y constituir así el Partido Comunista al que se adhirió, casi instantáneamente, el Partido Socialista Internacional.

Dickmann, en su trabajo titulado "Los Congresos Socialistas" relata que, en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista creada por Lenin, los delegados del Partido Comunista Argentino allí presentes manifestaron a sus pares que tenían unos 3.500 miembros activos; tres concejales que formaban parte de la municipalidad de la ciudad de Córdoba y, que, además, editaba un periódico denominado "**La Internacional**".

En el campo del movimiento obrero, la lucha, antes que con los anarquistas y sindicalistas de la F.O.R.A., se había planteado con los socialistas de la U.G.T., a quienes disputaron la conducción de la central, aunque con un éxito bastante relativo.

Mientras tanto, la teoría de la revolución comunista elaborada por Lenin, sólo florecía entre las capas medias. El fenómeno del comunismo latinoamericano sobrevinía casi de la misma manera que el socialismo lo había hecho unos años antes. Los obreros, conscientes de sus necesidades más acuciantes, se mostraron casi completamente indiferentes del mismo modo que los trabajadores rurales completamente impermeables a la propaganda comunista.

Sin el apoyo del Internacionalismo Soviético, los pocos Partidos Comunistas que se habían formado en los dos años posteriores a la revolución, agonizaban de inacción.

Rusia no podía ofrecer el apoyo logístico prometido por Lenin pues proseguía la guerra civil que obligaba a los rusos a seguir gastando su dinero en combatir los focos contrarrevolucionarios que día tras día seguían aflorando.

Por ello, la Internacional estaba librada a su suerte, y, junto a ella, todos los Partidos Comunistas que se hallaban en esta parte del mundo. Sin embargo, este hecho, en lugar de resultar contraproducente para el desarrollo del comunismo, el aislamiento respecto del comunismo central y hegemónico de la URSS, fue una verdadera bendición para los comunistas de toda América Latina y, muy especialmente, para los de la Argentina.

La actividad proselitista desarrollada rindió sus frutos; en los dos años posteriores a la revolución se reunieron la mayor cantidad de sus adeptos. Según lo relata Víctor Alba en su historia "estaban animados por el ardor del novicio. La propaganda comunista era obra de los comunistas de cada país, que la redactaban a su gusto, atendiendo a las circunstancias locales. Pero pronto cambiaron las cosas. Zinoviev, elegido Presidente de la Internacional Comunista, tenía de la lucha revolucionaria una concepción a la vez romántica y burocrática. En cuanto Rusia se vio libre de los guardias blancos este criterio predominó, porque empezó a enseñorearse de todo el mecanismo del Comintern la idea de que los rusos, por ser quienes habían hecho la revolución, debía dirigir, inspirar y controlar la actividad de los partidos comunistas del mundo entero".

A diferencia de lo que se pueda pensar en el sentido de que la Unión Soviética deseaba establecer un control dependizante de los partidos comunistas no rusos, estos sentían una cierta "superioridad" sobre los restantes, una especie de mesianismo triunfalista.

Ello representó que la URSS se vio obligada a controlar, mediante delegaciones que supervisaban todo movimiento, el desarrollo de la actividad comunista en todo el mundo.

El área de la Argentina fue supervisada por un japonés, delegado personal de Zinoviev, quien había sido nombrado en el Comité Ejecutivo del Comintern. Así, el japonés se hallaba frente a una realidad bastante paradójica: la existencia del comunismo en medio de una democracia liberal que había permitido la aparición de una abundante multiplicidad de facciones y de facciosos que impedían la conducción centralizada del movimiento.

La habilidad de Katayama resultó asombrosa, su sentido del ardid político y su capacidad de maniobra frente a las sectas le permitió aumentar las escisiones dentro de los partidos socialistas de casi todos los países de América Latina y acrecentar el caudal de adeptos en los comunistas; en cada uno de los países el japonés contó con hombres de toda su confianza como lo fue, en el caso argentino el dirigente comunista Vittorio Codovilla.

Así, la política exterior de la Unión Soviética se iba afirmando y la disciplina partidaria de los comunistas argentinos se alineaba detrás del Comintern. Pronto, debido a la enfermedad que padecía Lenin la conducción del organismo quedó en manos de Zinoviev quien, en un carácter centralista y absorbente decidió que las órdenes a los comunistas del mundo debían ser enviadas para su inmediata ejecución, ya no se discutirla más, sólo se obedecerían las órdenes del comunismo triunfante; para colmo, el Comintern adoptó una política casi totalmente maximalista, de extrema ultrarrevolucionaria.

Los socialistas pasaron a ser propagandizados, al igual que el anarquismo, como socialfascismos que permitirían el establecimiento del imperialismo capitalista y su dominación explotadora sobre los pueblos. Quizás los fracasos en que había incurrido una revolución que ya tenía más de 15.000.000 de prisioneros condenados a trabajos forzados, el pueblo sojuzgado en una caída del nivel de vida tremenda y, fundamentalmente, un esfuerzo dedicado a la industrialización que no hablaba de los triunfos de la Revolución sino de todo lo contrario; ello, quizás, obligaba a los miembros del Comintern a buscar éxitos fuera de la URSS para compensar las expectativas de los comunistas.

Los partidos comunistas fueron obligados a "bolchevizarse" siendo gran parte de sus directivos nombrados directamente por Moscú y esto amenazaba con hacer fracasar el movimiento en toda América Latina.

Los partidos comunistas fueron obligados a "bolchevizarse" siendo gran parte de sus directivos nombrados directamente por Moscú y esto amenazaba con hacer fracasar el movimiento en toda América Latina.

Sin embargo, ello no sucedió.

. "El hecho de que la bolchevización, en estas condiciones, no diera al traste con el movimiento comunista debe atribuirse, ante todo, a la flexibilidad con que supo aplicar la consigna, adaptándola a la realidad iberoamericana, el hombre encargado de ponerla en práctica a rajatabla se llamaba Guralsky. Después de los procesos de Moscú, en 1936-1938, desapareció ejecutado en alguna prisión soviética o muerto en algún campo de concentración, (...) Guralsky llegó a Buenos Aires en 1928. Aunque sólo contaba con 40 años de edad, era bolchevique de antes de la Revolución y fue comisario político del Ejército Rojo, durante la guerra civil. Amigo de Zinoviev, de Bujarin y de Trotsky, había participado en la manifestación contra Stalin y la burocratización del partido, en octubre de 1927, en Moscú, y su misión en América Latina era una especie de destierro". (31)

(31) Víctor Alba; ob. cit., pág. 186.

Recién en 1928 se vieron los primeros resultados de esta política. El VI Congreso de la Internacional Comunista permite a Bujarin afirmar que "América Latina entra por primera vez en la órbita de la Internacional Comunista".

Las influencias de esta política de penetración y control pronto se vieron reflejadas en el movimiento obrero. Pronto todas las organizaciones sindicales del país se verían envueltas en una interminable serie de discusiones e inmersas en tajantes y contradictorias alternativas. La revolución rusa y todas las circunstancias que la envolvieron resultaron objeto de un apasionado interés para los dirigentes y trabajadores. El ansiado poder proletario podría quizás ser alcanzado por medio de la revolución comunista; instaurar una dictadura del proletariado podía estar al alcance de la mano.

Pero, desgraciadamente, lejos de iluminar la situación del movimiento obrero, resultó un ahondamiento de la crisis y de las divisiones intestinas, tal vez de acuerdo con los planes de los enviados del Comintern. La F.O.R.A. IV y la F.O.R.A. V Congreso comenzaron a perder su cohesión interna y comenzó un proceso de dispersión de las fuerzas obreras. Los comunistas comenzaron a penetrar en sindicatos enrostrando a los sindicalistas y socialistas los éxitos de la revolución soviética. Sin embargo, los grupos dominantes no perdieron el control de sus organizaciones que se vieron, como vimos, disminuidas en su poderío pero no copadas por los efectivos del comunismo.

El VI Congreso de la Internacional Comunista produce cambios sustanciales en todos los aspectos de la política comunista en el mundo. Ello es así, en virtud de que fue el asentamiento del predominio de José Stalin en el poder, luego del fallecimiento de Lenin, lo que signó el proceso del comunismo latinoamericano.

EL STALINISMO

Stalin produce, al igual que su predecesor, cambios en la teoría del marxismo-leninismo.